

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
ses, 60.—Un año, 100.
Anuncios á real y medio línea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.—
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
suscripciones enviando á esta Administracion el
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Plaza de Celenque, número 1, esquina á la del Arenal.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

ADVERTENCIA.

Desde el lunes próximo LA ADMINISTRACION de EL CASCABEL y de LOS NIÑOS se establecen en la calle de las Huertas, 40, á donde se traslada tambien el despacho de libros que estaba en la plaza de Celenque, número 1.

Horas de despacho: para la venta de EL CASCABEL por manos ó números sueltos, ó para la de libros, todo el dia.

Para suscripciones y reclamaciones: de nueve de la mañana á seis de la tarde.

COSAS DEL DIA.

La tormenta é viccina.

Así dicen los cantantes en muchas óperas cuando el tenor va á matar á la tiple, ó el baritono se prepara á despachar al bajo de una buena recibiendo, ó la contralto se dispone á envenenarse como una rata y dar el gran estallido.

Porque nuestros lectores no habrán dejado de notar que en el teatro, siempre que sucede alguna de esas cosas gordas, trueno y relampaguea que es un portento.

Pues es el caso, que aunque España no es ningun teatro, por más que en ella los señores políticos represen- ten no pocas farsas, aqui tambien se acerca la tormenta,

y si no mienten las señales, va á ser de padre y muy se- ñor mio.

Ya tenemos Córtes, y no así como se quiera, sino Córtes por partida doble, puesto que están reunidos el Congreso y el Senado.

En el Senado ménos mal. Como allí los más pollos han de tener cuarenta años, no tememos que haya grandes jaleos, pues la mayor parte de los que tienen asiento en aquel cuerpo, más están para rezar el rosario y acostar- se temprano que para armar bulla y excitar las pasio- nes y hacer romper campanillas al presidente.

Pero en el Congreso será lo bueno.

Allí las oposiciones son tan numerosas, que el gobier- no estará siempre con el alma en un hilo, y como la gen-

Chaudoreille lanzó un nuevo suspiro, y despues de tomar la posicion que le pareció más seductora, empezó á cantar lo que sigue, que era lo que can- taba por lo regular siempre que daba leccion á Blanca:

*Mi paloma alzó su vuelo;
¿Hacia dónde marchará?
¿Cuándo, cuándo mi paloma
á su nido volverá?*

En este instante unos músicos ambulantes que pasaban por la calle se detuvieron delante de la casa del barbero, y acompañándose con sus ban- dolines, empezaron á cantar varias canciones italianas. Blanca prestó aten- cion á esta música, bien diferente de la que le hacia oír su maestro de arpa, y sorprendida agradablemente se dirigió hácia la ventana exclamando:

—¡Qué bonito es eso!...

—Sí, seguramente que es muy bonito, dijo Chaudoreille que creia que la jóven hablaba de lo que él estaba cantando, pero es menester darle la mis- ma expresion que le doy yo... Fijaos bien, cuando digais *Mi paloma alzó su vuelo...* cuidad de que vuestro acento parezca conmovido por el dolor, y al- zareis los ojos al cielo, al mismo tiempo que llevareis el compas con el pié iz- quierdo. *¿Hacia dónde marchará?* Ahora hacéis un movimiento como sor- prendida... Todo eso con cierto aire de tristeza... *¿Cuándo, cuándo mi palo- ma...* esto requiere mucho sentimiento: *A su nido...* aquí subis el tono; *vol- verá?*... seguis subiendo siempre...

—¡Ah! ¡Cómo me gustaria oír á menudo esta música! dijo Blanca, que no prestaba atencion á lo que decia Chaudoreille y que no escuchaba más que á los italianos.

—¡De buena gana os daria leccion todos los dias, seductora jóven!... ¡Pero mis ocupaciones me lo impiden!... Además, mi amigo Touquet no permite que goce de vuesra presencia tan á menudo como yo quisiera... Sin embar- go, cuando estoy léjos de vos no ceso de cantar.

¿Cuándo, cuándo mi paloma...

—¿Esa es una barcarola?...

—No; esa era una cancion favorita de los antiguos trovadores, y de los pastores que lloraban por la ausencia de sus pastoras.

CAPÍTULO V.

La leccion de música.

Blanca trabajaba sentada junto á su ventana, cuyos pequeños vidrios un tanto oscuros, apénas permitian distinguir lo que pasaba por la calle.

Sin embargo, de cuando en cuando dirigia una mirada para distraerse, no porque estuviera triste ó la atormentara alguna pena, sino porque una jóven de diez y seis años experimenta siempre en el fondo del alma un vacío, del cual no puede darse cuenta; ya suspiraba y se quedaba pensativa largo rato, y un ruido cualquiera ó el sonido de una voz desconocida para ella, hacia palpar su corazon violentamente. Se miraba al espejo más á menudo que ántes, y ponía más cuidado en su tocado, aunque no tenía ninguna per- sona á quien quisiera agradar. Sin embargo, un instinto secreto la hacia cuidarse más que nunca de su belleza, porque empezaba á sentir la necesi- dad de amar, lo cual causa desvelos y hace suspirar sin saber porqué... por lo ménos en aquellos tiempos, pues hoy día, aunque las jóvenes sueñan más, suspiran ménos.

El carácter del barbero, frio y sério cuando se hallaba delante de Blan- ca, no animaba á la jóven; cuyo corazon ingénuo parecia buscar un amigo: Blanca tenía para Touquet el mayor respeto, le miraba como á su bienhechor, pero no podia hablar con él todo lo que hubiera querido, porque las respues- tas lacónicas del barbero cortaban bien pronto la conversacion. En cambio Margarita hablaba como cuatro, y hubiera sido para ella una horrible mor- tificacion el haber estado todo un dia sin tener con quien hablar. Pero Mar- garita no hablaba más que de hechiceros, de brujas y de ladrones, y esto divertia bien poco á Blanca, la cual hubiera preferido alguna historia caba- lleresca, porque en esas historias, los caballeros hacen mil proezas, de las cuales no es la más pequeña el ser fiel á su dama durante veinte ó treinta años.

Blanca sintió que tocaban dulcemente á su puerta, y se volvió al mismo tiempo que la cabeza de Chaudoreille apareció entre la puerta y la pared.

—¡Puedo entrar, encantadora discipula?... dijo el caballero.

te es más joven y sobre todo más exaltada, habrá cada marimorena que eante el credo.

Por de pronto han elegido presidente á D. Salustiano, el cual se conoce que le ha perdido la afición á Francia desde que en la nación vecina no se tiene hora segura con los rojos, los amarillos, los azules y los de todos los colores, que por lo visto entre todos se han propuesto acabar con lo poco que han dejado del país los señores prusianos.

La elección de D. Salustiano nos parece poco acertada; pues además de que el buen señor goza pocas simpatías, nunca ha dado pruebas de tener un carácter muy enérgico, que es lo primero que se necesita para presidir una Asamblea.

Por supuesto, que el duque de la Victoria no ha podido ser presidente del Senado por la sencilla razón de que no piensa moverse de Logroño.

Ahora iba el general Espartero á venir por el gusto de mantener en sus empleos á una porción de presupuestivos, que el año pasado decían de él mil pestes, y cuando ven que les van á limpiar el comedero quieren agarrarse á él como á un clavo ardiendo.

Esto ha sido un disgusto para los progresistas, y por consiguiente una satisfacción para el país.

Por de pronto la discusión de las actas será acaloradísima. En ella saldrán á relucir los enjuagues que se han hecho, y no han sido pocos, y á más de un diputado Lázaro le van á sacar los colores á la cara. Los ministeriales se van á ver negros para probar que en un pueblo donde no hay más que cuatro mil electores el candidato del gobierno ha obtenido unos seis mil votos, como ha sucedido en algun distrito, donde luchaba un progresero de los finos con un carlista furibundo.

Luego se habrá de contestar al discurso de la corona, y allí será ella.

Cada partido y fracción de la minoría querrá hacer su programa y lloverán las enmiendas y las adiciones, y menudearán las votaciones nominales, sin escasear los discursos de ocho kilómetros que los políticos suelen pronunciar en tales ocasiones.

Allí será el ponerse unos á otros de ropa de pascua, y no dejaremos de oír el famoso *más eres tú*, que ha llegado á ser el argumento supremo de nuestros hombres de gobierno.

Y á propósito del discurso de la corona.

Lo que más nos ha chocado en él es aquella esperanza final de que los hombres de bien se acerquen á la situación y la presten el concurso de sus fuerzas.

Si nosotros hubiéramos de contestar al tal discursito, puede que se nos ocurriera algo bueno que decir acerca de este párrafo.

Los hombres de bien no se acercarán á esta situación ni á la que siga después de esta, como no se acercaron á las que las precedieron, porque los gobiernos no quieren á los hombres de bien, ni les hacen caso, ni se ocupan de ellos más que para sacarles contribuciones cada vez más crecidas.

Los gobiernos, y en general todos los hombres políticos, no quieren oír más que la voz de la pasión y del interés, y esta no es por cierto la voz de los hombres de bien.

Lo que siempre se busca es gente que vote todos los desatinos que se ocurran á los que tienen la sartén por el mango, y el que se atreve á hacer una observación prudente y juiciosa que contrarie en lo más mínimo las aspiraciones de los señores que mandan, al momento es declarado pillo, demagogo, reaccionario ó cualquier atrocidad por el estilo.

Por eso los hombres de bien se meten en el rincón de su casa, pagan los impuestos si pueden, y cuando no pueden se dejan embargar hasta la camisa, y asunto concluido.

¿Con que en Barcelona se ha cerrado la fábrica de los señores Batlló?

De resultas de esto algunos centenares de familias habrán quedado sin pan.

Los autores del motincito deben estar satisfechos.

Ahora no tienen más que promover otra huelga, convocar otro atropello para que otras fábricas suspendan sus trabajos, y verán como todo marcha perfectamente.

Lo que nos extraña es que los obreros no acaben de comprender sus intereses, y no se convenzan de una vez de que dar oídos á ciertas excitaciones no puede ocasionarles más que la ruina.

Si ellos supieran lo que les conviene, ya podían reirse bien de los alborotadores que, con pretexto de favorecer al pueblo, lo que desean es medrar á su costa.

Pero desgraciadamente creen todo lo que les dicen, y hoy se declaran en huelga, mañana hacen unas barricadas... y todo ¿para qué?

Para perder el jornal mientras no trabajan, exponerse á que les rompan el bautismo cuando se batan, y si acaso triunfan, tener el gusto de ver convertirse en personajes á unos cuantos pelagatos sin méritos ni virtudes.

Pues señor, en Francia ya se van arreglando.

Por desgracia ha tenido que correr bastante sangre.

Pero el gobierno de Versalles ha comprendido al fin su deber y á estas horas ya habrá hecho entrar en razón á los alborotadores.

Ser vecino de París es una ganga.

Verdad es que no se paga al casero, según ha dispuesto el sabio gobierno municipal que allí domina; pero en cambio cuando aún no les había salido del cuerpo el temor á las bombas prusianas, se encuentran con que ahora puede dejarles en el sitio una bala francesa, porque allí ha habido una de balazos que no hay más que pedir.

¡Y si fue a la última!

Pero el caso es que ó mucho nos engañamos ó la tranquilidad huyó de la nación vecina por algunos años.

Así prosperará todo.

Como han quedado tan lucidos después de la campaña, lo que les conviene es acabar de arruinarse.

Y ¿saben Vds. que ahora cualquiera le presta al gobierno francés el dinero que necesita para hacer que los prusianos evacúen el territorio?

El negocio no hay duda que ofrece garantías.

En fin, quiera Dios que todo se arregle y que nosotros lo veamos.

EL GRAN JALEO.

Pues señor, el mundo está perdido ó poco ménos; y si no cae un día de estos un diluvio que acabe con el mundo y sus alrededores, sin que haya otra familia de Noé que se salve, será porque Dios es infinitamente bueno y misericordioso, y espera todavía que los hombres *hemos de volver en sí*, como diría elegantemente *La Iberia*, y reconocer nuestros errores y aún procurar enmendarlos.

Yo no tengo esta esperanza; ántes por el contrario, creo que esto no tiene remedio, que los nietos de Adán nos hemos vuelto locos de remate y no tenemos cura, que es lo peor.

En todas las casas de locos hay alguno ó algunos que se ponen condecoraciones de papel, que se creen minis-

Blanca fijó los ojos en él y lanzó una alegre carcajada al ver la rara figura de Chaudoreille; pues este era el efecto que producía por lo general su presencia en la joven.

—Entrad, entrad, mi querido maestro, dijo ella levantándose para saludar á Chaudoreille, el cual se mostró por completo á los ojos de su discípula, á la que hizo tres saludos tan profundos y respetuosos que, á cada uno de ellos, su espada se salía hácia adelante, viéndose obligado nuestro caballero á hacerla entrar en la vaina.

—Tengo tal costumbre de sacarla, dijo Chaudoreille al mismo tiempo que sujetaba su famosa espada, que no quiere estar tranquila ni un momento. Vamos, Orlanda, cálmate, ya sabes querida compañera que no se pasará la noche sin que te dé ocupación.

—¿Cómo! señor de Chaudoreille, ¿os batís todos los días?

—¿Qué quereis, hermosa niña! ¿ese es mi elemento! y me sería imposible dormir si no tirara de la espada diariamente, y caería de seguro enfermo si se pasaran tres días sin desembarazar la tierra de algun insolente ó de algun rival.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—Pero dejemos eso y hablemos de vos, ¡encantadora criatura!... me pareceis hoy más bella que ántes... estais más fresca... más hermosa... Pero no os he preguntado cómo estais.

—Muy bien, gracias... ¿venís á darme una lección de música?

—Si lo permitis, tendré ese placer, del cual no disfruto hace largo tiempo.

—¿Supongo que me enseñareis alguna cosa nueva?

—¡Gracias á Dios no he llegado al fin de mi repertorio; sin embargo, aunque así fuera, vuestros divinos ojos me harían improvisar una infinidad de poéticos romances.

Blanca tomó el arpa y se la presentó á Chaudoreille, el cual la recibió lanzando un interminable suspiro y alzando los ojos al cielo.

—¿Estais enfermo, caballero de Chaudoreille, preguntó la joven sorprendida del suspiro.

—No, no estoy enfermo... pero no sé lo que siento..., respondió Chaudoreille, medio cerrando los ojos y haciendo todos los gestos que hacia un instante habia estudiado delante del espejo.

—Me pareció que respirabais con dificultad, dijo Blanca, ¿quizá os habrá sentado mal la cena de anoche!

—¡Oh! ¡no tengais cuidado!... Temo tanto las indigestiones, que nunca me pongo en el caso de poder tenerlas!...

—Cantad lo que me vais á enseñar hoy, y eso me entretendrá.

—Es la inocencia personificada, se dijo Chaudoreille al mismo tiempo que templaba el arpa. ¡Cuidado que no figurarse lo que me hace suspirar!... Y sin embargo, estoy plenamente convencido de que me ve con placer... Pero tengamos paciencia, pronto hablará su corazón y será mía la victoria.

Blanca volvió á coger su costura; Chaudoreille se sentó junto á ella, y después de haber estado templando el arpa durante más de un cuarto de hora, tosió, estornudó, se sonó, dió media vuelta en su silla, se arregló la capa, torció la boca, pasó su lengua por encima de sus labios, y empezó á cantar por fin, con una voz atiplada capaz de dejar sordo á cualquiera, una antigua canción que habia oído Blanca más de cien veces.

—Ya conozco eso, mi querido maestro, dijo ésta, interrumpiendo al caballero en medio de una nota interminable; esa es una de las canciones que me habeis enseñado.

—¿Lo creéis así?

—Escuchad, voy á cantarla.

Blanca cogió el instrumento, y acompañándose con la mayor gracia, empezó á cantar la antigua canción con voz dulce y melodiosa.

—En efecto, dijo Chaudoreille, eso es... la cantais exactamente como yo... le dais el mismo sentimiento... ¡vamos! me parece que me estoy oyendo...

—Enseñadme pues, otra, dijo Blanca dejando de cantar y entregando el instrumento á Chaudoreille, el cual entonó los primeros versos de un romance sobre los altos hechos de Mambrú.

—También sé esa, dijo Blanca interrumpiéndole.

—Entonces voy á cantaros otra preciosísima...

—¡Pero Dios mío! esa será regularmente la tercera que me habeis enseñado... ¿No sabéis otras?

—Perdonad, pero como un maldito perro me ha robado mi gola mientras me afeitaban, me es imposible cantar una nueva canción teniendo el cuello desnudo; además, la canción que voy á cantaros es siempre nueva, pues cada vez que la canto hago diferentes variaciones.

—Pues ya os escucho, dijo Blanca mirando á la calle.

tros, grandes hombres, eminentísimas eminencias y otros excesos, y se dan un aire de importancia que hace desternillar de risa á quien con más compasión y simpatía los mirá.

¿Pues qué son sino locos por ese estilo los politiquillos que me encuentro yo por ahí, llenos de cruces, bandas, placas, cintas, etc. etc., que hace poco eran la última palabra del Credo, y ahora se dan una importancia que parece que van diciendo: ¡Boca abajo todo el mundo!?

¿Quieren Vds. juzgar de la lógica que hoy se estila?... Pues ahí va un caso:

Unos señores generales no quieren jurar lo que el gobierno, *porque sí*, quería que jurasen. Ellos decían:—Mire V., no juramos y no queremos tampoco ser generales, queremos quedarnos de paisanos, y que nos deje usted en paz.

Y el gobierno contesta muy agrio:

—No señores, ahora mismo van Vds. desterrados á las Baleares y ya se les sentenciará luego á lo que sea razón.

Y en efecto, luego se les sentencia á quedarse de paisanos, es decir, á lo que ellos pedían y por pedirlo se les desterró.

Conque me parece que rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Por causas climatológicas ó de otra índole, el caso es que hay un reblandecimiento general de cerebros, y convendría que la ciencia no se estuviese cruzada de brazos, indiferente á tan notable fenómeno.

Un síntoma en extremo alarmante de que aquí se ha perdido algo más que el sentido común, está en que hechos que en cualquier parte y en cualquier tiempo merecerían castigo, merecen premio. Y ahí está el caso aquel de un liberal que publicó un folleto confesando que había llevado á los carlistas á una emboscada y les había hurtado mañosamente un caballo. El hombre está empleado en Filipinas con 2.000 pesos después de aquella hazaña.

Yo me abismo y me confundo pensando que si yo hurtase, no un caballo á los carlistas, sino uno de cartón de la puerta de una tienda, sería llevado á la cárcel, y el referido burlador de carlistas ha merecido un premio. Será que yo no lo entienda, será que yo sea míope para ver estas grandezas del día, pero es el caso que me paso muchas noches de claro en claro pensando en estas cosas nunca vistas, y avergonzándome de la estrechez de mi inteligencia que no las comprende.

Y digo yo en mis soliloquios:

—Si yo fuera á ver al ministro y le dijera:—«Sr. Excelentísimo, yo me parece que soy hombre de bien, escribo con ortografía, he escrito con buena fortuna varios libros en que no se ofende á nadie; pero con todo eso, apenas si puedo vivir.... Por tanto vengo á pedir á V. E. una plaza de seis ú ocho mil reales, y cumpliré fielmente mi deber, y hasta le dedicaré á V. E. una oda el día que V. E. se case, si no se ha casado ya...» El ministro me despediría diciéndome que no tenía plaza ninguna que darme y que tomara la Mayor. De manera que yo, hombre de bien, trabajador incansable, ciudadano pacífico, contribuyente que paga corriente, vecino sensato que cuelgo é ilumino, si me lo manda Rojo Arias, y hasta me entusiasmo si me indica la conveniencia de este entusiasmo el alcalde de barrio, soy ménos digno que el que atrajo á una emboscada á los carlistas etc. etc. etc... Verdaderamente que para esto más me valiera no haber nacido.

No pasa día sin que yo me asombre y me quede con la boca abierta.

Por ejemplo, el suceso de Córdoba donde se ha hecho una prueba del sistema de *mechar* carlistas á bayonetas, contra todas las leyes divinas y humanas, militares y civiles, me pone en el caso triste de suponer que yo soy un infeliz que no comprendo cómo pueden suceder semejantes excesos en un país donde hay gobierno.

Todos los días hace dos años y medio estoy leyendo en los periódicos ministeriales que la situación es magnífica, que todo marcha perfectamente, que como este gobierno no hubo otro alguno, y por otra parte sé que los gastos son ahora mayores que nunca, que el favoritismo ha tomado colosales proporciones, que se han hecho muchos empréstitos ruinosos, que la mitad de las obligaciones del Estado están sin pagar, que la cuestión de orden público amenaza constantemente, que los puntos negros no se desvanecen, y en fin, que esto es un gran jaleo como no se ha visto otro.

Los partidos están más furiosos, más intransigentes que nunca, las ideas socialistas cunden, el dinero se esconde cada vez más, la desvergüenza se manifiesta más cada día, el que trabaja no puede vivir, el que no trabaja quiere vivir, y lo consigue mejor que el que trabaja, y

en fin, todo indica que se ha perdido el sentido común y la aprensión, y que todavía nos falta mucho para llegar á una situación tranquila y próspera.

Con que ¡viva el jaleo! y ¡a vivir, tropa! Otro día seguiremos.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuación.)

IV.

Después de tomado el cuartel de San Gil tuvimos un momento de reposo. Los oficiales decían que todo estaba concluido; luego me convencí de que no estaba más que empezado. Pero como lo más importante era la insurrección militar y ésta estaba vencida, porque había perdido su posición más formidable, lo demás lo miraban como cosa insignificante. Y sin embargo no lo era. El parque de artillería estaba lleno de armas de todas clases, y como lo primero que habían hecho los insurrectos al sublevarse era abrir sus puertas de par en par, los paisanos se armaron como tuvieron por conveniente. Por otra parte el general O'Donnell no se había ocupado más que de tomar el cuartel, y entre tanto el pueblo había desempeñado las calles y llenado la población de barricadas, que no teníamos más remedio que tomar una por una, lo cual no era por cierto muy agradable; pues los rebeldes, parapetados en ellas y escondidos en los balcones de las casas, podían fusilarnos impunemente. La resistencia sin embargo tal vez no hubiera sido muy grande si todos los defensores de aquellos reductos improvisados hubieran sido paisanos, pero por desgracia había también entre ellos muchos soldados y oficiales que habían logrado escapar del cuartel ó no habían tomado parte en su defensa. Estos tenían algunos cañones, y según luego vimos, estaban resueltos á pelear hasta el último extremo. Esto no tiene nada de extraño. El paisano que toma parte en una insurrección casi no tiene más peligro que el de ser herido ó muerto en el combate, y así es que en cuanto ve la cosa mal parada, arroja el fusil y se marcha á su casa, donde después de lavarse y mudarse de ropa puede estar tranquilo, porque si no es un hombre importante nadie se ocupa en perseguirle. Pero el soldado se halla en diferente caso. En primer lugar no se bate en su pueblo y por consiguiente ni tiene casa donde refugiarse ni parientes ó amigos que le escondan; hasta cambiar de traje le es muy difícil. Además al sublevarse comete un crimen que las leyes militares castigan con pena de muerte; si es cogido ya sabe lo que le espera y por consiguiente no tiene más remedio que vencer ó morir. Los artilleros y soldados del Príncipe sublevados debían estar muy convencidos de esto y se batieron aquel día desesperadamente.

No bien hubimos tomado aliento, cuando dejando una pequeña fuerza encargada de guardar el cuartel conquistado é impedir que se fugasen los prisioneros que habíamos hecho, salimos á la plaza de San Marcial para unirnos á las tropas que, formadas en una porción de pequeñas columnas, se disponían á emprender el ataque de las calles.

Ya se oía fuego de cañón y de fusil hacia la plazuela de Santo Domingo, lo cual probaba que allí había comenzado ya el combate.

Atacar calles defendidas por barricadas es una cosa muy expuesta, y yo aquel día me dí por muerto veinte veces.

Generalmente la defensa de cada barricada no da lugar á una lucha muy reñida. Antes al contrario, basta marchar resueltamente contra ella para que sus defensores la abandonen, sin aguardar á que las puntas de las bayonetas les obliguen á desalojarla. Pero lo grave es que antes de fugarse hacen una descarga, que el que ataca tiene que recibir á pecho descubierto, experimentando algunas bajas, mientras que su enemigo, sin sufrir ninguna, corre á parapetarse detrás de otra barricada donde se repite lo mismo. Además la marcha por calles desempedradas y llenas de toda clase de obstáculos, no puede ser muy rápida, y si el enemigo ha cuidado, como hace casi siempre, de ocupar algunas casas y preparar los balcones con colchones para tirar desde ellos, es bastante mortífera. Esto sin contar con que hay que atender también á las callejuelas, donde suelen ponerse los hombres más valientes, haciendo desde ellas un fuego horrible, casi seguros de que no les ha de suceder nada, porque no se asoman más que en el momento de disparar, descubriéndose lo ménos posible, y cuando se acerca la tropa huyen á continuar en otro sitio su feroz cacería, sin temor

de ser perseguidos, porque para hacerlo se tendría que distraer mucha fuerza, y un gran ejército apenas bastaría para pelear con quinientos hombres. Por eso es muy común en las revoluciones ver que un solo hombre decidido y sereno, posesionado de una encrucijada, hostiliza desde las boca-calles á toda una compañía. El medio más cómodo de realizar esta clase de ataques, es apagar á cañonazos los fuegos de las barricadas y de los defensores de las casas, pero esto no puede hacerse más que en calles anchas y rectas, porque en los callejones la artillería es poco mortífera y es más el ruido de sus detonaciones que el daño que hacen sus balas. Suele suceder que con el fuego de cañón sólo padecen las casas, cuyos dueños no tienen ninguna culpa de lo que sucede, porque los que se meten á hacer barricadas y andar á tiros por las calles no son propietarios. Otro recurso tienen los ejércitos de resultado más seguro y ménos expuesto para la tropa, que consiste en tomar una casa á viva fuerza, derribando la puerta y matando á los que la defienden. Una vez dentro, los ingenieros se encargan de destruir el tabique que la separa de la casa de al lado, la infantería pasa á ella por aquel boquete, y allí se repite la misma operación. Los paisanos que se hallan en cada casa suelen rendirse sin disparar un tiro, y si cometen la tontería de resistir son vencidos y muertos en un instante. En cuanto á los que están en la calle defendiendo las barricadas, se encuentran cuando ménos lo piensan con que los soldados desde los balcones les fusilan por la espalda, y no tienen más remedio que abandonar sus parapetos, felices si pueden escapar con vida. Pero á este medio no apelan los generales más que cuando la resistencia es muy grande, porque incomoda y perjudica mucho á los vecinos pacíficos, que no pocas veces son víctimas en la contienda, y nunca dejan de perder sus muebles, algunos adquiridos á costa de afanes y sudores.

Lo que se hace más comunmente es formar la tropa en dos filas, que marchan por ambas aceras de las calles. Los soldados de cada fila deben mirar á las casas de la acera opuesta y hacer fuego á todo el que se asome á los balcones, y de este modo, marchando al paso ligero, se toman las barricadas, aunque perdiendo alguna gente. Esto es lo que aquel día hicimos en la mayor parte de las calles.

He querido explicar esto tan detalladamente para que se vea lo que tuvimos que hacer en aquel combate, porque á todos esos recursos hubo necesidad de acudir según las circunstancias de cada uno de los barrios que fuimos atacando y tomando. Nosotros marchamos por la calle de los Reyes á desembocar en la de San Bernardo por el costado de la universidad. De todas partes nos hacían disparos; pero donde la lucha fué más viva es en el trozo comprendido entre la calle de la Luna y la del Pez. Allí se vió que la sublevación, á pesar de la toma de San Gil, no daba aún por perdida la batalla. Delante de la calle de la Luna y cerrando la de San Bernardo, había una barricada con cañones, que los artilleros defendieron valerosamente primero contestando al fuego de artillería y fusilería que les hacían desde la plaza de Santo Domingo las tropas que la habían tomado á las órdenes del general Serrano, y luego peleando cuerpo á cuerpo al lado de las piezas con los soldados que les cargaron á la bayoneta. Nosotros estábamos encargados de secundar aquel ataque por la espalda; pero al llegar á la altura de la universidad, el nutridísimo fuego que nos hacían desde la calle del Pez nos obligó á retroceder.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

LOS NIÑOS (1).

Pocos serán aquellos de nuestros lectores que no tengan noticia de la revista que, con este modesto cuanto agradable título, viene publicándose en Madrid hace más de un año bajo la dirección del escritor D. Carlos Fontaura. Sin embargo, vamos á emitir nuestra humilde opinión acerca de ella.

Lo hemos dicho otras veces: cuando vemos el excepcionalismo que con su mano de hielo apaga el entusiasmo y el genio y mata al nacer los nobles sentimientos del alma, cual la escarcha de una mañana de Febrero mata

(1) Copiamos del importante periódico de Barcelona *El Monitor de primera enseñanza*, el artículo que dedica una distinguida escritora á la revista *Los Niños*, dando á la autora y al periódico que dirigen los Sres. Bastinos é hijo las más expresivas gracias por su galantería y por sus elogios, que procuraremos con fe y constancia llegar á merecer.

En el artículo suprimimos las lisonjeras frases dedicadas al director de *Los Niños*.

Las primeras violetas que atrevidas se adelantan á su estacion; cuando vemos el egoismo acallando el débil grito de la compasion que intenta recordar al individuo sus deberes de cristiano y de hombre; cuando contemplamos con dolor que la avaricia ó la sed de mando arrastran á personas de talento y distincion hasta la bajeza ó el crimen, y miramos la soberbia divinizada y la humana dignidad prostituida; como no somos pesimistas ni creemos que Dios haya abandonado á sus criaturas, lo esperamos todo del porvenir; lo fiamos todo á la generacion naciente, y sentimos inefable consuelo al pensar cuánto bien puede hacerse á nuestra patria y á la humanidad entera, trabajando con inquebrantable fe en la educacion moral é intelectual de la niñez.

Por eso saludamos con entusiasmo toda publicacion que tiende á moralizar é instruir á los niños, esto es, á purificar el manantial en su origen para que corra suave y tranquilo por las vias que le trazara la Providencia, á mostrar á la infancia con la sonrisa en los labios y la ternura en el alma los senderos que debe recorrer en el porvenir para ser en la tierra hombres honrados y felices, contribuir á la dicha de la patria y aspirar á un destino más noble en otra mejor vida.

Abundando en estas ideas hemos leído con indecible placer la interesante y bella revista que nos ocupa, y nos hemos regocijado al ver que en nuestra desgraciada España empieza á comprenderse la importancia de la educacion, que cuando tantos escritores gastan sus fuerzas y su prestigio en estériles ó perniciosas luchas políticas, literatos como el Sr. Frontaura, auxiliado por personas tan distinguidas y reputadas como Fernan Caballero, Trueba, Arnao, Grassi, etc., etc., llaman á sí á las inocentes criaturas, esperanza y alegría de las familias, y se entretienen en formar su corazon, en desarrollar su inteligencia, y todo esto sin fatigarlos, sin ahuyentarlos con la seriedad del pedagogo, proporcionándoles por el contrario una grata distraccion.

Hablen otros de moralidad y de virtudes á la generacion adulta que no cree en ellas, que las considera como nombres vanos, ó escucha su voz como un eco fugitivo; ó á los que sin fuerzas para romper los grillos de las pasiones, que los tienen aherrojados, continúan por las sendas del error, sordos á las advertencias de la razon y del deber. En tanto el Sr. Frontaura, á imitacion del Divino Maestro, llamará los parvulillos para que vengan á él, para que se agrupen en torno suyo, y estudiando las tendencias y aspiraciones de esa sociedad en miniatura, sus nacientes inclinaciones, unas veces laudables y otras aviesas; sus graciosas travesuras, que no siempre deben aplaudirse, porque revelan en ciertos casos el germen de un vicio ó de una perjudicial pasion; su afan de imitar cuanto ven, que tan bien puede explotarse en beneficio de su educacion, y sacando partido de todo y presentando á cada paso frescos y risueños cuadros, ora chispeantes de infantil gracejo, ora encantadores por su pueril inocencia, corrige á los niños, provocando su hilaridad, y los moraliza deleitándolos.

Esta es la parte satírica de la revista, en la que los pequeños lectores ven su propia caricatura, y al paso que se rien de los supuestos Pepito ó Manolito se sonrojan de sus propios defectos: en la parte seria hallan preciosas historias morales como la «Historia de una aguja contada por ella misma.» «Lo que puede una mujer» etc., en las que, con el atractivo de la novela y de una novela sencilla, puesta al alcance de su limitada comprension, beben el néctar de la moral en accion, esto es, del buen ejemplo.

Alternan con tan bellas producciones artículos instructivos, entre los cuales ha llamado particularmente nuestra atencion «Un viaje al pais de la Gramática,» arreglo del frances, preciosa obra destinada á facilitar á los niños, distrayéndolos y por via de pasatiempo, uno de los estudios más áridos y que ofrecen menos atractivos.

La Historia natural, la Física y otras ciencias se enseñan tambien en agradables y ligeros articulos, de modo que los tiernos lectores reciben nociones de todos los conocimientos útiles, y la luz de la verdad y del saber va disipando las tinieblas de la ignorancia desde sus primeros años.

Bellísimas y sentidas poesias como el romance histórico «La Hermana de la Caridad,» las oraciones de la Iglesia puestas en verso, ingeniosas fábulas, autógrafos de autores contemporáneos, todo en fin cuanto puede contribuir á ilustrar á los niños, á inspirarles virtuosos y elevados sentimientos, á estimularlos para que sean hom-

bres honrados y ciudadanos amantes de su patria y de su familia, lo ha recopilado el Sr. Frontaura y lo ofrece á sus pequeños lectores armónicamente reunido en elegante y florido conjunto, como un precioso juguete, al propio tiempo que un talisman para preservarlos del vicio y la desgracia.

Bien conocida es ya en toda España la revista que nos ocupa, infinitas personas de talento y reconocida moralidad se han apresurado á ponerla en manos de sus tiernos hijos, la prensa se ha ocupado de ella repetidas veces, tributándole sinceros y merecidos elogios, y *El Monitor* faltaria á la justicia si no enviara al Director de *Los Niños* sus afectuosos saludos, sus cordiales plácemes, y creeria faltar asimismo á los compromisos que tiene contraídos con sus suscritores si no les diera noticia de tan interesante publicacion, por si alguno ignora su existencia.

Recomendamos á los padres y maestros esta modesta y fragante flor de nuestra literatura contemporánea, y nos despedimos del simpático escritor y de sus dignos colaboradores, deseándoles fe y constancia para continuar en su laudable empresa. La sociedad les hace justicia; pero aun cuando no se la hiciera, tendrian la conciencia del inmenso bien que á sus conciudadanos procuran, y la seguridad de haber merecido, á más de las simpatias de los corazones rectos, una recompensa más digna y más completa en otra vida mejor.

PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

CASCABELES

Hemos tenido el gusto de leer el folleto titulado *Roma y el Catolicismo*, que acaba de publicar D. Carlos María Perrier. El trabajo de este señor es excelente y no podemos ménos de recomendarlo á nuestros lectores. Roma podrá ser *de hecho* la capital de Italia, mientras la fuerza domine en Europa, pero en el momento en que el derecho triunfe, la antigua ciudad de los Césares volverá á ser la capital del mundo católico, porque así lo quieren trescientos millones de conciencias, que deben pesar más en la balanza de los destinos del mundo que las combinaciones de cuatro diplomáticos.

El Magisterio español hace notar que en el discurso de apertura de las Cortes no se dice una palabra de instruccion pública.

¿Para qué?... ¿Instruccion pública?... ¿Qué falta hace eso?... Basta con la instruccion del manejo de las armas y con saber politiquiar para subir á grandes puestos.

En estos tiempos de masonería y puntos negros, la instruccion pública es artículo de lujo.

Ya saben Vds. que este saleroso gobierno, que necesita más dinero que ningun otro de los conocidos, ha ideado lo de las cedulaitas á 18 reales. Y lo mejor del caso es que el alcalde dispone que los vecinos vayan como borreguitos á buscar las cedulas, y si no van de aqui al 15 habrá multazo.

Sin duda creen estos señores que tenemos que hacer tan poco como ellos y nos sobra el tiempo para ir á las alcaldias á buscar la cedulita, y á hacer antesala para tener el gusto de recibir de un consecuente progresista la cedulita.

Señor alcalde, si quiere V. que yo tomé la cedula, envíemela V. á esta su casa, y se le pagará, pero eso de que yo pierda una mañana por ir á buscarla, no señor, no puedo.

Conque venga á casa la cedulita y daré los 18 reales, aunque de mala gana.

Ya han comenzado las sesiones de Cortes.

Todo indica que este año están los gallos muy encolezados. En este interregno han hecho mucho coraje, y se van á ver tremendas peleas.

Lo que fuere sonará.

Pero medidas beneficiosas para la tranquilidad y prosperidad del pais no se verán muchas, ó mejor dicho, no se verá ninguna.

El general Espartero no ha querido venir á ser presidente del Senado.

Desengaños, radicales, el general os ha conocido ya y no quiere nada con vosotros. Le alabo el gusto.

Estos pasados dias los periódicos ministeriales se han hecho eco de una calumnia contra la señora que fué nuestra reina.

¿Es esta la política de atraccion?

El tribunal supremo de Justicia no dá posesion al señor Fuente Alcázar.

Me alegro. Hace muy bien.

Un señor que no ha servido más que diez meses al Estado, sentando plaza de subsecretario, me parece que debe

servir todavia cuarenta ó cincuenta años, empezando por meritorio sin sueldo. Esto es lo de justicia.

Dicen que se quiere establecer la milicia forzosa.
¡Hombre! ¡No faltaba más!
A mí que no me envíen el fusilito porque no lo tomo.
Que sean milicianos y hagan centinela los ministros, los altos empleados y los diputados de la mayoría.
Con todos ellos se podria formar un batallon muy bonito.
Y nombrar comandante á quien digimos.

¿Le han dado ya el retiro al Sr. Topete?
Lo digo porque como tenia tantos deseos de retirarse...

Se ha decretado la libertad... hasta cierto punto, de las rifas de bienes muebles é inmuebles y otros objetos.

Trapisondistas y petardistas, llegó la hora de hacer combinaciones para sacar los cuartos al prójimo.

La verdad es que el discurso de apertura de las Cortes no está mal hilado, ni estuvo mal hablado, y hubiera hecho grandísimo efecto si al hablar del concurso y apoyo que se desea de los *hombres de bien* se hubiese añadido:

«Y se acabarán los puntos negros, y no habrá posiciones improvisadas, y se considerará á los que no sean progresistas, y no se les dará de palos, y no habrá ardidés de guerra como los de Vera y de Córdoba, y se economizará la mitad del presupuesto, y no se darán cruces y honores más que á los que las hayan merecido en largos años de probidad y buenos servicios, y se exigirá la responsabilidad de sus desaciertos á los ministros, y no se matará de hambre á respetabilísimas clases, y en fin, no será el pais juguete de unos cuantos atrevidos advenedizos que hablan mucho de libertad y son más déspotas que Calomarde.»

Esto, esto si que hubiera hecho efecto en los hombres de bien.

El ejército frances se ha lucido.

La primera batalla que ha ganado despues de estos pasados meses de guerra, en que todas las perdió, ha sido combatiendo contra sus compatriotas los rojitos de Paris.

Pide un socorro una pobre viuda, anciana y ciega. Plaza del Progreso, 16, guardilla.

CHARADITA.

La primera es sin remedio lo que estoy diciendo ya; y si tú segunda y prima pienso no te ha de gustar; terciá y cuarta si le añades una letrita no más al principio, es una cosa de bastante utilidad, y si tienes pajaritos de fijo que la tendrás; y porque mejor lo aciertes te diré que es de metal; tú nunca tercera y prima porque no has nacido can; si conviertes una letra de terciá en otra, hallarás uniendo terciá á la cuarta terrible calamidad, que de cuando en cuando sufren los pueblos para su mal; segunda, tercera y cuarta, es la tremenda señal que te anuncia que en peligro te encuentras de reventar del cólera ó de otra dura y terrible enfermedad; el todo es un caballero que era ayer particular, y hoy es un gran personaje de quien la historia hablará; es título democrático... Conque no te digo más.

ANUNCIOS

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, C. de La Nacional, Crédito Comercial, Bilettes del anticipo de 230 millones, y otros valores. Montera, 32, tabaquería. —15

El dia 15 del corriente á las doce de su mañana se venderán 50 acciones de la Sociedad metalifera y carbonifera de Belmez-Espiel. Calle del Caballero de Gracia, 48, tercero.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de TOS catarras, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion. TOS

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel. 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (20)

BUENA OBRA.

Sin más retribucion que la casa y manutencion, desea una señora desempeñar algun cargo decente. Montera, 32, tabaquería, informarán.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECOLETOS.)